

EL MIRADOR

¡Dios, qué buen vasallo...!

Jesús Barriuso
Gutiérrez



...dolido por la desidia de mis gentes y los que tan mal nos gobiernan, que no dejan brillar con la suficiente magnificencia una de las ciudades medievales más bella de Europa y, naturalmente, por el amor, placer y admiración que en mí causa Cáceres – siempre, siempre y una y otra vez-, uno mi voz y mi palabra en favor de la candidatura de Cáceres como Capital Europea de la Cultura del año 2016.

Era noviembre y el campo castellano y el extremeño – ¡qué belleza la del monumento natural de Malpartida!, ¡Qué forma de esconderse los inmensos peñascos bajo un césped de nacimiento!- restallaban del verdoyo que habían provocado unas insólitas lluvias, cuando comentamos en el coche, camino de Cáceres e ilusionados por poder asistir al festival flamenco del que esperábamos mucho, sobre la inesperada candidatura de Burgos a la capitalidad cultural europea del 2016, siendo así que nada se había hecho con antelación para prepararlo y hacer que la ciudad hiciera suyo ese deseo y que carecíamos de las más elementales de las infraestructuras, no ya para ese deseable evento, sino para cotejarnos con el resto de las ciudades de nuestra propia autonomía y con esto que os cuento podéis suponer el tenor de los comentarios, más aún por el carácter exaltado de Luiso y el mío mismo.

Éramos Marisa, Cuchi, su mari-

do el pintor Luiso Orte y yo, fundadores de la “Casa de Burgos en Burgos”, (paradoja que trata de aunar a los que echamos de menos a lo que nuestra ciudad debiera ser, “...si oviera buen señor...”) y paseando por el Cáceres Monumental envidiábamos en aquella soleada tarde sabatina, lo lleno de gente y gentes que ponían el mejor adorno que le cabe a un monumento: los espectadores que le hacen suyo y vivo, cuando aquello se convirtió en una verdadera convención con motivo de la Exposición “Nosotros” -con grandes carencias para mí, entre las que no puedo dejar de destacar, entre asombrado y escandalizado, la ausencia de Naranjo- y otra privada abierta en la misma plaza.

Lo nuestro era ya de una envidia supina y largamente ponderada por los cuatro, cuando, precisamente, en la exposición privada a la que he aludido nos entregaron una hoja para que nos adhiriéramos a la candidatura de Cáceres

como “Capital Cultural Europea del... ¡2016!”; aún no repuestos del todo de las grandes – si digo inmensas voy a ser tildado de exagerado- diferencias no ya de las infraestructuras a las que antes me referí, sino a la absoluta forma de involucrarse de la población extremeña en general y cacereña en particular, que pudimos comprobar varias veces aquel día y aún, en la presentación de lo que sí que resultó ser uno de los mejores festivales flamencos al que he asistido, - donde San Francisco no era un dato menor, desde luego- en la que, como en tantos otros lugares, se sumaban empeñosa e ilusionadamente en la que presumían lucha fuerte con Córdoba. De la candidatura inesperada de Burgos, supongo que tan sólo sabrían algo los metidos en el ajo.

Bueno y que, ¿a qué viene todo esto?, pues a eso, a que dolido por la desidia de mis gentes y los que tan mal nos gobiernan, que no dejan brillar con la suficiente magnificencia una de las ciudades medievales más bella de Europa y, naturalmente, por el amor, placer y admiración que en mí causa Cáceres – siempre, siempre y una y otra vez-, uno mi voz y mi palabra en favor de la candidatura de Cáceres como Capital Europea de la Cultura del año 2016.

¡Para qué os voy a engañar!, ya me gustaría que el tiempo que resta hiciera menores las distancias y aún en eso confío – desde luego el que nace gorrín...- pero aún así de este enamorado de todo este bello país que he podido conocer casi en su totalidad y en profundidad, esto es, dejando un recuerdo colgado en varias de las piedras de sus pueblos y ciudades, no esperéis que cambie mi voz y voto a favor de la capitalidad de Cáceres.

LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

Enfermeras

El sistema sanitario constituye una institución. Sus actores están dedicados al trabajo sobre los demás. Una Institución no es, solamente, un conjunto de hechos y prácticas colectivas, sino también marcos cognitivos y morales, dentro de los cuales se desarrolla el pensamiento de todos los que intervienen.

Desde la Ilustración los cambios también han afectado a las Instituciones, en nuestro caso al trabajo relacionado con la sanidad. No solamente han variado las prácticas, sino también su interpretación y su significado.

Hasta la época moderna, el hombre tradicional estaba identificado con su rol. Era como una armadura en la que el novato se alojaba; una máscara que, respetada por el conjunto de la sociedad, representaba el personaje. Era su defensa con un doble significado: magia/poder y alienación. Con la diosa Razón crece el sujeto, la individualidad. Caen los mitos y la aceptación del otro se basa en argumentos. El poder se transforma en autoridad.

Las enfermeras históricamente tienen un doble origen: la atención (caritativa/religiosa) y el desarrollo de la ciencia médica. Su profesión nace en el intermedio entre el enfermo y la enfermedad. Alma y cuerpo. Y con el tiempo... no se ha producido una integración completa.

Reivindican una profesión, pero, por un extremo chocan con la “buena hermanita” y por el otro con el “científico” (médico). La ambivalencia les inestabiliza, el avance les anula. Lo técnico (última generación de escáneres) es una inversión más justificada que el pago de la dedicación y los cuidados sin prisas hacia el enfermo.

El miedo a la muerte del enfermo es negada por la confiada preparación científica del médico... pero la enfermera tendrá que ayudar a digerir el fracaso de la medicina. Así pues, el trato con el enfermo les fascina y les aterroriza. Constituye su afirmación y su negación. La compensación será el gesto, la sonrisa, cualquier mínima señal de reconocimiento del enfermo... mientras, siguen buscando su identidad.

